

Personajes peculiares de Madrid

M. Fátima DE LA FUENTE DEL MORAL
www.exploraldesconocido.com

MARIANO JOSÉ DE LARRA (MADRID, 1809-MADRID, 1837)

El 13 de febrero de 1837 un disparo se oyó en el número 3 de la madrileña calle de Santa Clara. Mariano José de Larra, que aún no había cumplido los veintiocho años, acababa de quitarse la vida.

Dolores de Armijo, que había acudido al encuentro del escritor en compañía de su cuñada, terminaba de salir de la casa. Allí dejó al que había sido su amante durante años. Frustrado por la sociedad que lo rodeaba, la ruptura definitiva con Dolores fue, quizá, la gota que colmó el vaso.

Larra nació en Madrid un 24 de marzo de 1809. Por aquel entonces Napoleón se encontraba pisando el mapa de Europa. Las luces de la Ilustración no habían conseguido iluminar ni la escena social, ni la económica ni la cultural. Por ello, una nueva hornada de artistas ponían de manifiesto las sombras que aún rodeaban el mundo en el que vivían. Algunos utilizaban los pinceles como armas. Otros, la pluma. Es el caso de Larra.

Nuestro protagonista, de familia acomodada, recibió una educación esmerada. De hecho, nació en la calle Segovia, dado que su abuelo ocupó una posición destacada en la Casa de la Moneda, allí situada en aquellos tiempos. Por su parte, su padre fue médico y ejerció su profesión en esferas cercanas a José I Bonaparte.

La fama de afrancesada que tenía su familia provocó que marchara al exilio a Francia. Allí perma-



neció unos años. Una vez de regreso en Madrid siguió adelante con sus estudios, dentro de los cuales se matriculó en la Cátedra de Economía Política de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, cuya sede se encontraba en la hoy llamada calle del Marqués de Cubas.

Precoz en todo aquello que emprendió, pronto empezó a ejercer como periodista. A través de esta disciplina desarrolló un importante trabajo sociológico, considerado por muchos como su principal aportación. Así, según él mismo escribió, «no pudiendo impugnar a la sociedad, no nos queda otro recurso que

pintarla». Donde tantos de sus coetáneos, pertenecientes a su mismo estrato social, veían altruismo, buenas maneras o buena educación, él veía miserias, egoísmo, representatividad o hipocresía.

Larra empleaba, en sus artículos, un enfoque hacia lo pequeño y lo cotidiano para denunciar lo que

La trastienda de Madrid

Javier LERALTA

LAS CONCHAS DEL CAMINO

Hace veinticinco años que la ciudad de Madrid cuenta con un Camino de Santiago. Arranca en la plaza de Santiago y abandona la zona urbana junto a las tapias del cementerio de Fuencarral, donde se encuentra un descansadero de peregrinos dentro del parque Santiago de Compostela. Un recorrido señalado de doce kilómetros dividido en tres tramos que forma parte de la red de caminos saludables de Madrid Salud.

Los primeros metros del Camino de Madrid son los más interesantes desde el ámbito arquitectónico, repleto de palacios que —algunos de ellos— han perdido sus valores artísticos con el cambio de uso, pero que ahí siguen, en la calle de San Bernardo, uno de los accesos principales desde la Edad Media. Tanta residencia noble se debe a la proximidad de la rúa al Alcázar y Palacio Real, en clara competencia con la calle Mayor, la más beneficiada en cuidados urbanos.

Como saben los lectores de *Madrid Histórico*, la propuesta de los avisos que propone esta sección es la de aprender a mirar más allá de la mirada acostumbrada. Y a eso vamos. Los primeros metros del tramo entre la iglesia de Santiago y el convento de las Comendadoras de Santiago es un enigma repleto de sorpresas que convierten la aventura jacobea en un ejercicio inquietante. Al pasar por la esquina de San Bernardo con Gran Vía observamos en la última planta varias vieiras gigantes adornando la fachada donde se encuentra el hotel Emperador. La construcción lleva la firma de Julián y Joaquín Otamendi y se terminó en 1949, cincuenta años antes de que el Camino pasara por el lugar.

Más adelante la sorpresa se tiñe de extrañeza cuando al pasar por delante del Palacio de Parcent (c/ San Bernardo, n.º 52), construcción del XVIII y reformada en 1865, vemos de nuevo un grupo de conchas decorando la clave de los dinteles de las ventanas de la planta noble. ¿Otra casualidad?

Unos metros más arriba es obligada la parada en la casa del número 67 de la misma calle, para disfrutar del arte del azulejo pintado que ofrece el edificio que diseñó José Antonio de Agreda en 1927. El vestíbulo es una joya de este arte decorativo con escenas del *Qui-*

jote salidas de la mano del maestro Juan Ruiz de Luna. Los trabajos de forja también merecen un aplauso, y para disfrutarlos hay que mirarlos desde el otro lado de la calle. La inquietud vuelve a congelar la mirada del peregrino: ¡los balcones están llenos de vieiras! ¿Acaso el apóstol ya indicó a los arquitectos y herreros por dónde debía pasar el Camino de Madrid?

Ni siquiera los diseñadores de la Asociación de Amigos de los Caminos de Santiago de Madrid que trazaron la senda a finales de los años noventa tuvieron en cuenta estos detalles. No los conocían. ¿Entonces? El peregrino no entiende nada. Antes de reposar en el convento de las Comendadoras, el peregrino detiene su mirada en la iglesia de Montserrat, una delicia barroca con su correspondiente concha en un ventanal del campanario. Por supuesto. Algún día el apóstol tendrá que dar explicaciones. ■



San Bernardo, n.º 67, y edificio Los Sótanos.

Texto extraído del libro
La trastienda de Madrid de Ediciones
La Librería, 2021.



Memorias de Madrid entre fogones

Juan Antonio GILABERT SANTOS

Profesor de la Facultad de Veterinaria de la Universidad Complutense de Madrid

GASTRONOMÍA VERBENERA, II: DE TRIPAS, CORAZÓN

Continuamos con la serie de gastronomía verbenera con esta segunda entrega dedicada a las gallinejas y a los entresijos, plato muy popular en otros tiempos entre las clases más desfavorecidas pero que se resiste a desaparecer y es, sin duda, tan odiado como amado. Son pocas ya las freidurías y restaurantes donde encontrarlos, aunque algunas de ellas son establecimientos tradicionales muy reconocidos. Pero donde nunca faltan es en las verbenas populares, donde muchos madrileños y foráneos las conocen y algunos las degustan por primera vez.

Ejemplo por excelencia de una cocina de subsistencia y de aprovechamiento propia de tiempos duros pero que hoy en día se redescubre e inspira a algunos cocineros y chefs a rescatar y reinventar platos que incluyen entrañas y otra casquería¹, elevándola a una superior categoría culinaria. Sean ustedes de los que degustan o de los que disgustan este tipo de platos, espero que disfruten de esta pequeña muestra de nuestra historia culinaria.

Las épocas de crisis económicas —que, desgraciadamente, siempre han existido— condicionan lo que comemos y poder disponer de un adecuado y equilibrado aporte nutricional. En tiempos difíciles se aprovecha casi todo para subsistir y se come *lo que hay*. En estas circunstancias lo que el mercado ofrece es de una menor calidad, más barato o incluso adulterado, el aprovechamiento de restos del despiece o las sobras de otros alimentos se convierten en *manjares* a la fuerza. Surgen así recetas de subsistencia —a las que dedicaré un artículo próximamente— para sobrelevar situaciones de escasez y carencia.

Uno de estos platos son las *gallinejas* —y los *entresijos*—, que han perdurado en el tiempo, llegando a convertirse en símbolo de la cocina madrileña, al ser un producto que difícilmente se puede encontrar y disfrutar fuera de Madrid y que, posiblemente, cuente con tantos aficionados como detractores.

En 1855 se inauguró el **Matadero Municipal**, situado junto a la Puerta de Toledo, y los subproductos sin interés comercial, como las vísceras o entrañas procedentes del despiece y el procesado de las reses, eran un recurso para las clases más desfavorecidas y así tener algo más que poder llevarse a la boca. Su consumo se fue popularizando, y con la apertura del Nuevo Matadero de Legazpi en 1928 se regularizó su comercio. El matadero organizaba su **venta en suertes**, esto es, se dividía en montones el género disponible de cada jornada —ya que no siempre se mataba el mismo número de animales y las existencias variaban mucho según la época del año— entre los solicitantes acreditados. Estos eran normalmente mujeres —las conocidas popularmente como **gallinejeras** o **chicharroneras**— con situaciones vitales difíciles, desamparadas o viudas, que regentaban puestos callejeros o pequeñas freidurías. La venta sólo se podía

CUARTO CENTENARIO DEL FALLECIMIENTO DE LA BEATA MARÍA ANA DE JESÚS, COPATRONA DE MADRID (1.ª PARTE)

María Victoria VEGUÍN CASAS
Catedrática de Matemáticas de instituto
Fotografía: Jesús Salas Parrilla.

El 17 de abril de 1624 murió en Madrid María Ana de Jesús. En el año 2024 se cumplen cuatrocientos años de su fallecimiento. En este artículo se recordará la vida y la beatificación de esta madrileña que fue nombrada copatrona de Madrid. También visitaremos los diferentes lugares de Madrid en los que se la recuerda; entre ellos, la iglesia de Santiago y San Juan Bautista y la catedral de la Almudena. Algunos le atribuyen a ella el dicho *De Madrid al cielo*.



Beata Mariana de Jesús. Biblioteca Nacional de España.

Nacimiento de la beata

Su padre fue Luis Navarro Ladrón de Guevara, que era peletero de la corte de Felipe II y Felipe III, y su madre, Juana Romero. Fue la hija primogénita del matrimonio, que tuvo seis hijos. Familiarmente parece ser que se le llamaba Mariana. Su vida trans-

currió en Madrid salvo un periodo de tiempo entre 1601 y 1606 en que la corte se trasladó a Valladolid con Felipe III, trasladándose allí también la familia del peletero real.

Según Pedro de Répide, nació el 8 de diciembre de 1564 en la calle Santiago; otros biógrafos dan como

HISTORIA DEL PALACIO DEL DUQUE DE LERMA-MEDINACELI

María Jesús PÉREZ MORENO
Abogada, escritora y divulgadora de la historia de Madrid

El palacio del Duque de Lerma, objeto del presente artículo, fue el edificio más importante de Madrid durante el siglo XVII hasta la construcción del palacio del Buen Retiro, compitiendo con el mismo Real Alcázar de los Austrias. De hecho, cuando en 1633 se inicia la construcción del Buen Retiro, tan próximo a este conjunto palaciego, la intención del conde-duque de Olivares era, entre otras, la de superar en todos los sentidos el fastuoso palacio del antiguo valido de Felipe III.

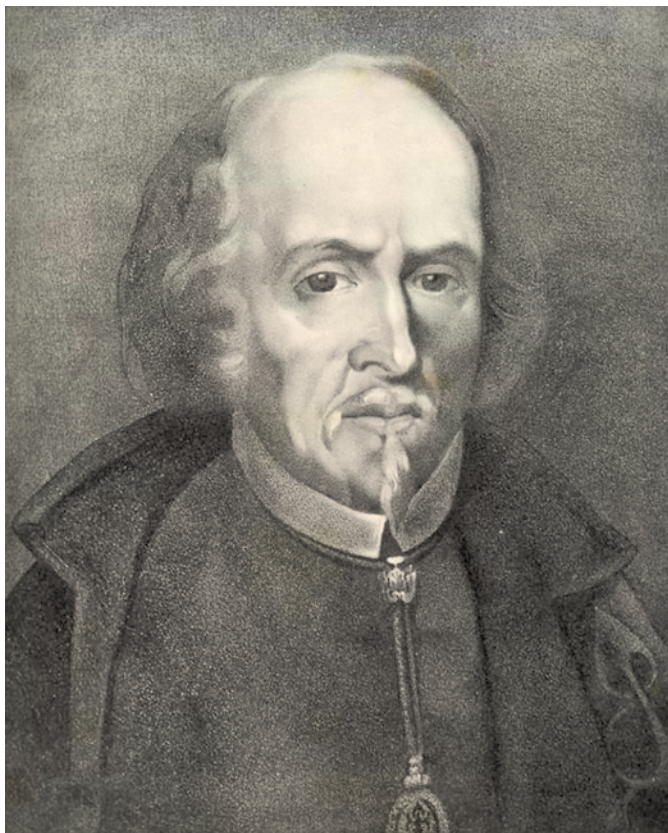


Palacio del Duque de Lerma-Medinaceli en 1857.

Antes de aproximarnos a las huellas que aún existen en Madrid del que fue el grandioso palacio del Duque de Lerma —también conocido como palacio del Duque de Medinaceli—, debemos diferenciar el conjunto palaciego que vamos a analizar a continuación del otro palacio de Medinaceli que se ubicaba

en la plaza de Colón, en el solar que ocupa el edificio moderno del actual Centro Colón.

Por otro lado, en demasiadas ocasiones, cuando se menciona el palacio del Duque de Lerma-Medinaceli, se limitan a indicar que se trataba del palacio, hoy desaparecido, que existía en el solar del actual



Retrato de Pedro Calderón de la Barca.

EL MADRID QUE VIVIÓ CALDERÓN DE LA BARCA

Rosalía DOMÍNGUEZ
Historiadora de Arte

Calderón de la Barca es, sin duda, uno de los principales nombres del Siglo de Oro, una generación irrepetible de talento y legado en nuestras letras. Pero, ¿Cómo era el Madrid donde nació, creció y falleció? ¿Cuáles eran entonces las calles principales de aquella ciudad? ¿Qué se comía y bebía en aquel Madrid? ¿Cómo eran las viviendas? De todo ello daremos cuenta en este artículo.

Pedro Calderón de la Barca nace en Madrid el 17 de enero de 1600, de familia montañesa. Sus primeros estudios los hace en el Colegio de los Jesuitas e ingresa después en la Universidad de Alcalá de Henares. Cuando muere su padre interrumpe sus estudios y comienza entre él y sus hermanos una serie de litigios por la herencia en contra de su madrastra; su si-

tuación económica pasa por momentos muy difíciles.

Calderón, como hombre y como comediógrafo, vive en el entorno de Madrid, que reunió a su alrededor a los más grandes dramaturgos contemporáneos suyos, que constituyen el más glorioso grupo de genios literarios españoles de todas las épocas. Muy joven se da a conocer como poeta y en 1623 estrena

DIARIO OFICIAL

DE AVISOS DE MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid, 2,50 pesetas al mes.—Provincia: 7,50 pesetas al trimestre.—Extranjero: Unipostal, 15 francos al trimestre.—Otros países, 1 franco al año.

Los pagos serán adelantados.

Número suelto, 50 céntimos.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Peligros, núm. 3, entresuelo derecha

Horas de despacho: de 10 a 12 y de 3 a 6.

Teléfono 2.931

PRECIO DE ANUNCIOS

Oficiales, 0,50 cta. línea
Particulares, 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª y
5.ª plana 1,00 » »
Idem 6.ª, 7.ª y 8.ª plana 0,75 » »

Los pagos serán adelantados.

Número suelto, 50 céntimos.

LOS AVISOS DE MADRID, PRECURSORES DEL PERIODISMO

Rosalía DOMINGUEZ

Historiadora de Arte

En nuestros días los diferentes medios de comunicación, así como las cada vez más potentes redes sociales, nos sirven para estar comunicados casi a tiempo real de cuanto acontece. Pero ¿cómo estaban al día de la actualidad los madrileños de hace siglos? Para dar con esta respuesta tocará acercarse a los extintos mentideros de la villa y hablar de los avisos, que constituirán el germen de lo que será el periodismo moderno.

Es el Madrid de Felipe IV cuando la villa alcanza un nivel acorde con su capitalidad de todas las Españas y prácticamente de todo el mundo conocido. La época que transcurre desde 1621 a 1665 es la de la mayoría de edad de la villa, y se vive de una forma pródiga y fastuosa, con inquietud y patetismo, pero siempre entre fiestas, romerías y jaranas con las que los madrileños procuraban aliviar las penurias de sus vidas y olvidar las luchas, guerras y carencias que los acosaban. Es un periodo en el que la vida en Madrid se manifiesta como un caos psicológico y social, por la continua mezcla de lo religioso y lo profano, el placer y la estética en cada persona, en particular, y en la sociedad española en general.

Al tratar de la vida ordinaria en Madrid hay que hacer alusión a sus lugares de reunión y charla, llama-

dos *mentideros* por el número considerable de embustes que en ellos se forjaban y difundían. Eran puntos de tránsito y parada públicos y al aire libre. Eran tres los mentideros que copaban las habladurías y cotilleos de toda la villa: **las Losas de Palacio**, **el mentidero de Representantes** y **las Gradas de San Felipe**, el más famoso de los tres. También existían, a nivel vecinal, delante de las fachadas de algunas iglesias, en el espacio cerrado por una verja que llamaban el *compás*, como delante de la Encarnación o la iglesia castrense de la calle Sacramento, sitio donde los vecinos se reunían para conocer y resolver los problemas del barrio.

El mentidero de Representantes. Era un centro de charla, murmuración y crítica reservado exclusivamente al ámbito de la farándula teatral y a sus